

EN LAS CUMBRES DE LA DESESPERACIÓN

SER LÍRICO

¿Por qué no podemos permanecer encerrados en nosotros mismos? ¿Por qué vamos tras la expresión y la forma, intentando vaciarnos de contenidos y sistematizar un proceso caótico y rebelde? ¿No sería más fecundo abandonarnos a nuestra interna fluidez, sin la idea de una objetivación, limitándonos a sorber con íntima voluptuosidad todos nuestros fervores y agitaciones interiores? En ese caso viviríamos con una intensidad infinitamente rica todo ese crecimiento íntimo que las experiencias espirituales dilatan hasta la plenitud. Vivencias múltiples y diferenciadas se funden y despliegan en una efervescencia de entre las más fecundas. Una sensación de actualidad, de presencia compleja de los contenidos del alma, surge cual resultado de ese crecimiento, semejante a una cresta de olas o a un paroxismo musical. Sentirte lleno de ti mismo, no en el sentido del orgullo, sino en cuanto a riqueza, estar atormentado por un infinito interior y por una extrema tensión es vivir con tanta intensidad que sientes cómo mueres a causa de la vida. Es tan raro este sentimiento, y tan extraño, que deberíamos vivirlo a gritos. Me siento morir a causa de la vida, y me pregunto si tiene algún sentido buscar una explicación. Cuando en un momento de ilimitada tensión palpita en ti todo el pasado de tu alma, cuando una presencia total actualiza experiencias cegadas y un ritmo pierde su equilibrio y su uniformidad, desde las cumbres de la vida caes presa de la muerte sin sentir ante ella ese horror que conlleva su aflictiva obsesión.

Es un sentimiento análogo al que experimentan los amantes cuando, en el culmen de la felicidad, irrumpen ante ellos fugaz, pero intensamente, la imagen de la muerte, o a los momentos de inseguridad, cuando aflora en un amor naciente el presentimiento del fin o del abandono.

Muy pocos son capaces de soportar hasta el final experiencias semejantes. Retener unos contenidos que pretendan ser objetivados, reprimir una energía con tendencia a la explosión, implica siempre un serio peligro, pues puede llegar un momento en que ya no seas capaz de dominar esa energía desbordante. Y entonces la ruina resulta de una sobreabundancia. Hay vivencias y obsesiones con las que no se puede vivir. ¿No es entonces confesarlas una salvación? La experiencia terrible y la horrenda obsesión de la muerte devienen ruinosas si se guardan en la conciencia. Hablando de la muerte, has salvado algo de ti mismo, pero al mismo tiempo algo de tu propio ser ha muerto, toda vez que los contenidos objetivados pierden su actualidad en la conciencia. Por eso, el lirismo constituye un impulso de dispersión de la subjetividad, pues indica una efervescencia de la vida en el individuo que no se puede dominar, que requiere inconteniblemente expresión. Ser lírico es no poder seguir encerrado en ti mismo. Esta necesidad de exteriorización es tanto más intensa cuanto más íntimo, profundo y concentrado es el lirismo. ¿Por qué el hombre es lírico en el sufrimiento y en el amor? Porque estos estados, aunque diversos en naturaleza y orientación, surten del fondo más profundo e íntimo de nuestro ser, del centro sustancial de la subjetividad, que es una especie de zona de proyección y radiación. Te vuelves lírico cuando la vida en ti palpita a un ritmo esencial y la vivencia es tan intensa que sintetiza en sí todo el sentido de nuestra personalidad. Lo que es único y específico en nosotros se realiza de una forma tan expresiva que lo individual se eleva al plano de lo universal.

Las experiencias subjetivas más profundas son también las más universales, ya que en ellas se alcanza el fondo originario de la vida. La verdadera interiorización conduce a una universalidad inaccesible para quienes se mantienen en una zona periférica. La interpretación vulgar de la universalidad ve en ésta una forma de complejidad en extensión más que una comprensión cualitativa, rica. Por eso ve el lirismo como un fenómeno periférico e inferior, producto de una inconsistencia espiritual, en lugar de observar que los recursos líricos de la subjetividad indican una frescura y una profundidad interior de las más notables.

Unos devienen líricos sólo en los momentos capitales de sus vidas; otros únicamente en la agonía, cuando todo su pasado se actualiza y los inunda como un torrente. Pero, en la mayoría, el lirismo surge tras experiencias esenciales, cuando la agitación del fondo íntimo del ser alcanza el paroxismo. Así, aquellos inclinados a la objetividad y a la impersonalidad, extraños a sí mismos y a las realidades profundas, una vez cautivos del amor, experimentan un sentimiento que actualiza todos los recursos personales. El hecho de que casi todo el mundo haga poesía cuando se enamora prueba que los medios del pensamiento conceptual son demasiado pobres para expresar la infinitud íntima y que sólo en un material fluido e irracional el lirismo interior encuentra un modo de objetivación propicio. ¿No tenemos un caso análogo en la experiencia del sufrimiento? Jamás habías sospechado lo que en ti escondías ni lo que el mundo ocultaba; vivías satisfecho, periféricamente, cuando la más grave experiencia tras la de la muerte (como presentimiento), la experiencia del sufrimiento, se apodera de ti y te transporta a una región de la existencia infinitamente compleja, en la que tu subjetividad te obsesiona cual una vorágine. Ser lírico por sufrimiento es realizar esa combustión y purificación interior en la que las heridas no son ya

únicamente manifestaciones externas, sin complicaciones profundas, sino parte del núcleo íntimo de nuestro ser. El lirismo del sufrimiento es un canto de la sangre, de la carne y de los nervios. El verdadero sufrimiento tiene su fuente en la enfermedad. Por eso, casi todas las enfermedades tienen virtudes líricas. Sólo aquellos que vegetan en una escandalosa insensibilidad siguen siendo impersonales en la enfermedad, que realiza siempre una profundización personal.

Sólo en virtud de una afección orgánica y total se torna uno lírico. El lirismo accidental halla su fuente en determinantes externos que, al desaparecer, implícitamente arrastran consigo su correspondiente interno. No existe lirismo auténtico sin un grano de locura interior. Es significativo que el principio de las psicosis se caracterice por una fase lírica, en la que todas las barreras y límites habituales desaparecen para dejar lugar a una embriaguez interior de las más fecundas. Se explica así la productividad poética de las psicosis en sus primeras fases. La locura podría ser un paroxismo del lirismo. Por eso, para no hacer elogio de la locura, elogiaremos sólo el lirismo. El estado lírico trasciende toda forma y sistema. Cual en una convergencia ideal, una fluidez, una corriente íntima, confunde en un único impulso todos los elementos de la vida interior para crear un ritmo intenso y pleno. Frente al refinamiento de una cultura anquilosada en formas y moldes que todo lo enmascaran, el lirismo es una expresión barbárica. Aquí reside de hecho su valor, en su índole barbárica, es decir, en no ser más que sangre, sinceridad y llamas.

¡QUÉ LEJOS ESTÁ TODO!

No sé en modo alguno por qué hay que hacer algo en este mundo, tener amigos y aspiraciones, esperanzas y sueños.

¿No sería mil veces preferible retirarse a un rincón remoto, en donde nada de lo que conforma el bullicio y las complicaciones de este mundo tenga ya eco alguno? Renunciaríamos así a la cultura y a las ambiciones, lo perderíamos todo sin ganar nada. Pero ¿es que hay algo que ganar en este mundo? Hay seres para quienes cualquier ganancia carece de importancia, seres cuya desdicha y soledad resultan irremediables. ¿Estamos todos tan cerrados unos a otros! Y si estuviéramos en tal grado abiertos que del otro todo lo percibiéramos o leyéramos aun en las profundidades de su alma, ¿en qué medida alumbraríamos su destino? Estamos tan solos en la vida que uno se pregunta si la soledad de la agonía no es un símbolo de la existencia humana. En la voluntad de vivir y morir en sociedad hay un signo de gran deficiencia. ¿Es que puede haber algún consuelo en los momentos finales? Es mil veces preferible morir desamparado y solo en cualquier parte, donde no viéndote nadie puedas expirar sin pose ni teatro. Me repugnan quienes en la agonía se dominan y se imponen actitudes para causar impresión. No hay lágrimas ardientes si no es en soledad. Todos aquellos que desean rodearse de amigos en la agonía lo hacen por miedo y por la imposibilidad de soportar los momentos finales. Quieren olvidarse de la muerte en el momento capital. ¿Por qué no se arman de un heroísmo infinito y cierran la puerta para soportar esas sensaciones terribles con una lucidez y un pavor que trascienda cualquier límite?

¿Estamos tan separados de todo! Y todo lo existente ¿no es acaso inaccesible? La muerte más profunda, la más orgánica, es la muerte por soledad, cuando la misma luz es un principio de extinción. En tales momentos estás separado de la vida, del amor, de las sonrisas, de los amigos y hasta de la muerte. Y te preguntas, paradójicamente, si más allá de la nada del mundo y de la tuya aún existe algo.